

## *La crisis humanística actual*

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ \*

**H**ace ya tres años que publiqué un libro titulado, muy significativamente, *El Renacimiento del Humanismo*, del cual esperaba yo que tuviera cierta repercusión en la vida cultural, al menos, de nuestro país. Estoy convencido de que si esa obra hubiera sido publicada hace aproximadamente quince años, habría encontrado un ambiente más favorable de comentarios, lectores, reseñas, críticas. No se ha dicho —si siquiera para rebatir su contenido— absolutamente nada.

Igual ocurre con lo que hoy constituye el torso espontáneo de las manifestaciones culturales (desde ilustres revistas que se cierran hasta conferencias antaño esperadas, seguidas, influyentes), sobre el cual se cierne un denso nubarrón de apatía generalizada, de desinterés, de profunda crisis, de encogimiento de hombros. Se persuade para mirar hacia otra parte.

¿Hacia dónde? Pienso que hacia ninguna parte. Quiero decir, hacia la nada y el vacío. La razón hay que buscarla en aquellos que están practicando sutiles y muy poderosas técnicas de envilecimiento, destinadas a

conseguir la deshumanización, a que el hombre sea menos hombre y se despersonalice.

Ya resulta evidente que los medios de comunicación se han convertido en “medios de confusión”, concepto forjado por Julián Marías. Verdaderamente están confundiendo al hombre, lo manipulan, lo asaltan cada vez más con imágenes espantosas y terribles.

Mi citado libro advertía sobre esa tendencia que no hace más que agudizarse. Por su interés gráfico, es revelador un botón de muestra muy expresivo: en el pasado Festival de Eurovisión han ganado, con abrumadora e inquietante mayoría, unos energúmenos disfrazados de monstruos que gritaban. Aunque daban miedo, quizá por esto mismo, yo tuve la intuición de que les iban a votar a mansalva, de que esos bárbaros ganarían, como así fue. Siempre he tenido interés por seguir ese festival, ya que me parece revelador de muchas cosas de Europa, y desde hace tiempo me duelo de cómo ha decaído tanto, comenzando por el hecho crucial de la desaparición de la orquesta y el director de cada canción, sustituidos por música “enlatada”; todo ha

\* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

degenerado en una competición de disfraces, danzas y músicas tan estridentes como parecidas entre sí.

Mi pregunta es si esos energúmenos, de rostros cubiertos por máscaras monstruosas, gustaban a la mayoría de los telespectadores. Evidentemente, no. Lo que ocurre es que se movilizan unos cuantos bárbaros para imponer su voto y su criterio. Se trata de la opresión de las mayorías por unas demenciales minorías, totalitarias, peligrosas para la salud del mundo, y que además quieren causar la apariencia de que su opinión, su gusto, es lo que quiere la gente. Pedro Fernández escribió en el siglo XVIII que “toda la Europa es una escuela general de civilización”. Me temo que haya dejado de serlo.

Ese fenómeno de la opresión de las mayorías por unas minorías bárbaras me parece, a mí también, el más característico de nuestro tiempo. Funciona en todos los ámbitos. Sin salir del de la televisión, es menester darse cuenta de cómo una minoría de sus profesionales nos somete cada día a su particular criterio de selección, criba y orden de prelación de las noticias en los informativos; de confección sectaria de programas destinados a envilecer, a hacer primar el cotilleo, la grosería, el insulto, la chabacanería, la ordinariez.

Es gravísimo que eso ocurra, y no sólo en la pantalla del televisor que todos necesitamos encender, cansados, al final de cada jornada para relajarnos algo. Pero no hay derecho a que, aprovechándose de nuestro solaz y necesaria distracción, se nos cuelen en el hogar, por un aparato, unos pequeños y sutiles dictadores.

Naturalmente, esos dictadores imponen lo que quieren ante nuestros fatigados ojos. ¿Por qué la mayoría de las veces los informativos abren con imágenes de sujetos —delincuentes, terroristas, bárbaros o energúmenos— que no merecen ese tratamiento en primera plana y con tanto tiempo concedido a sus fechorías? Todo

lo más, si son noticia, habría que darla al final y muy brevemente, sin concederles el privilegio de la propaganda de sus rostros, maldades y siniestros propósitos. Paradójicamente, este último tratamiento displicente que habría que dar a los bárbaros se concede a quienes contribuyen al bien de la nación: por ejemplo, una actividad, un discurso o un viaje oficial del Rey —cabeza de la nación a la que contribuye a vertebrar—, de la Reina o de un miembro de su familia, se deja para el final y se despacha en un minuto.

Lo mismo ocurre con los periódicos, cuya calidad ha descendido tan peligrosamente. Cuando escribí mi libro sobre Don Alfonso XIII me fue relativamente fácil la tarea de reconstruir gran parte de sus actividades consultando los periódicos de la época —que informaban minuciosamente—, cosa que no va a ser posible en el futuro cuando se intente hacerlo sobre Don Juan Carlos I porque ni siquiera reproducen sus discursos íntegros. Otro botón de muestra: cuando murió Ortega, en 1955, un elegante diario, contraviniendo a la censura, publicó la noticia a toda plana en portada y con multitud de informaciones y artículos en el interior. Además el Ayuntamiento de Madrid hizo cambiar el nombre de la ilustre Calle de Alberto Lista por el de José Ortega y Gasset. Cuando ha muerto Julián Marías, más importante que Ortega, ese mismo periódico, del cual era colaborador y a cuyo mejoramiento tanto contribuyó, no le ha dedicado el homenaje que se merece (si muere, por ejemplo, una cantante, recibe mayor tratamiento informativo). Y ya no estamos en tiempo de censura.

Por cierto, propongo al citado Ayuntamiento denominar con el nombre de Julián Marías la Calle del Conde de Peñalver, perpendicular a la de José Ortega y Gasset, y cambiar —ya va siendo hora— el nombre de la estación de metro “Lista” por el de “Julián Marías”. Cuando escribo estas líneas, dicha estación está siendo remodelada. Conde de Peñalver se llamó el primer tramo de

la actual Gran Vía, y luego pasó a sustituir ese nombre al de la Calle de Torrijos; ahora sería el momento propicio para rescatar el nombre de Alberto Lista dándoselo a otro lugar de Madrid (inexplicablemente la mencionada estación de metro conserva el nombre de Lista, por otro lado sin que casi nadie sepa hoy su porqué y su significado). Debo añadir que mi gran amigo Julián Cortés-Cavanillas, corresponsal de ese diario en Roma durante veinte años, propuso al mismo Ayuntamiento que, ya que en la Ciudad Eterna existe la Plaza de España, se diera, en correspondencia, el nombre de Roma a una plaza madrileña; así se hizo con Manuel Becerra, pero después volvió a recuperar este nombre.

Volvamos a los medios de comunicación. Me estoy persuadiendo de la máxima importancia de sus directores para que mediante esos medios hicieran labor pedagógica en bien de las personas y de la entera sociedad. Porque un periódico, una cadena de televisión o una emisora de radio no pueden ser encomendados, a la ligera, a un mero gestor o administrativo; es preciso y sería obligado que sus directores fueran escogidos entre personas de vocación humanística, con clásica formación cultural, histórica, filosófica, literaria, artística. Solamente así, con su labor educadora, con su paideía, podrían velar por la salud social. Se trata, no lo olvidemos, del llamado “cuarto poder”. Este poder, que me parece ya se ha convertido en primero, no es elegido democráticamente como el ejecutivo o el legislativo: al igual que el judicial, ambos requerirían para su uso una competencia no de cantidad (antigüedad de años, ocupación de cargos, escalafones, apoyos políticos o económicos), sino de calidad personal, de honradez, de nobleza espiritual, de dignidad humana.

Justamente es la falta de dignidad, la villanía, la indecencia, lo que suelen dar las pantallas de televisión ante los ojos, sumidos en el estupor, de padres e hijos, que no pueden contemplarlas juntos sin ruborizarse. Habría que volver a leer el

tratado *De Officiis*, tan venerado por los humanistas del Renacimiento, libro de cabecera para ellos, hoy prácticamente olvidado. En él Cicerón escribe sobre la honestidad, el ornato de la vida, sus deberes, la moderación, la templanza, la educación, la discreción, la cortesía, “lo que en latín puede decirse *decorum*, que en griego se dice *prépon*”. Decente está relacionado con *decorum*. Escribe que “lo que es decente es honesto, y lo que es honesto es decente”. Define el decoro como “todo lo que se halla conforme con la excelencia del hombre precisamente en aquello que su naturaleza lo distingue de los demás animales”. Y explica que esa “naturaleza nos ha dotado a nosotros de coherencia, de moderación, de templanza, de modestia”. Nos enseña “a no descuidar nuestro comportamiento con los otros hombres”. Este “decoro que brilla en la vida mueve a la aprobación de las personas con quienes se vive por el orden, la coherencia y la templanza en todas las palabras y en todos los actos”. Sigue diciendo Cicerón: “En la comunicación con los hombres es necesario, por consiguiente, usar cierto respeto no sólo para con los mejores, sino para con todos los demás”.

Como se hizo en el Renacimiento, permítaseme aconsejar vivamente la lectura atenta de esa obra, tan orientadora, de Cicerón, el cual considera que la mejor herencia que pueden transmitir los padres a los hijos es la gloria de la virtud y del bien, mucho mejores que cualquier otro patrimonio. Esos padres —dice— deben enseñar a los hijos la decencia debida. Si hacemos la comparación de lo que hoy se hace con lo que escribía Cicerón hace veintiún siglos, es evidente que hemos regresado a la barbarie.

Por lo que respecta al magistrado, Cicerón considera que es su obligación propia “mantener su dignidad y decoro, hacer respetar las leyes, definir los derechos y recordar que todos estos cometidos han sido confiados a su fidelidad”. El buen ciudadano desea que en su sociedad “reine la tranquilidad y la honestidad”.

¿Qué clase de futuro le espera a la presente sociedad con una ley de educación que resulta nociva para nuestros niños y jóvenes? Éstos salen de las aulas maleducados, asilvestrados, embrutecidos. Si a ello se suma el envilecimiento fomentado por esos “medios de confusión”, todo contribuye a persuadirlos para que hagan el botellón. La Europa que en el clasicismo dieciochesco era denominada escuela general de civilización parece haberse convertido en escuela de barbarie, de descortesía, de malos modales. Tanto que si, por un extraño casual, se rescatase aquella antigua asignatura llamada “urbanidad” produciría general irrisión.

Si de las faltas leves pasamos a las graves, causa estupor la impunidad. No comprendo por qué hoy da la impresión de que lo único sacro sea la comodidad de un terrorista: en lugar de ser mantenido en una confortable prisión equiparable a un hotel, brindando por los nuevos asesinatos, debería estar haciendo —encadenado— trabajos forzados en bien de la sociedad a la que tanto ha dañado (reforestaciones, carreteras, construcción). Si esta fuera la legislación penal, el terrorista se lo pensaría dos veces antes de disparar o de poner una bomba.

Por cierto, si el Código de Derecho Canónico castiga el homicidio con la excomunión *latae sententiae*, automática, tampoco comprendo cómo pueden celebrarse funerales por los terroristas. Ni por qué las autoridades eclesiásticas no hablan de la posibilidad de que vayan al infierno, porque los terroristas “hacen oposiciones” para condenarse.

Otra cuestión es la de la herejía del nacionalismo, que según Julián Marías debería declararse. Es incompatible ser cristiano y nacionalista. Pero asimismo ser humanista y nacionalista. A este respecto, permítaseme citar un trozo de ese libro mío: “Según el Humanismo, hay un fenómeno sumamente grave: el

nacionalismo, la mayor inmoralidad de nuestro tiempo, el principal peligro, verdadera peste que subordina la persona a una nación, real o ficticia, vista como algo absoluto por lo que todo debe sacrificarse. Este nacionalismo justifica la mentira, el rencor, la falsificación de la Historia, el odio, hasta el asesinato y el terrorismo, como medios para llegar a implantar su oscuro fin: la sagrada nación. Pero el Humanismo considera que lo único sagrado es el hombre, que siempre está por encima de la nación, y que la vida de un solo hombre vale más que todas las naciones de la Tierra. El concepto esencialmente contrario al Humanismo (y al Renacimiento) es nacionalismo. Se trata de su opuesto, de su antónimo más señalado, de la expresión más feudalista, provinciana, homicida. Y frente al nacionalismo, Humanismo. A más Humanismo —su curación—, menos nacionalismo”.

La crisis actual no procede más que de una falta generalizada de respeto por el hombre. Una falta de respeto integral, y que por ello se extiende a todo lo humano y lo humanístico, comenzando por el uso de la lengua. Resulta estúpido que algunos políticos hablen de “todos y todas”, “ciudadanos y ciudadanas”. Desconocen que “todos” engloba a ambos géneros, a todas las personas, pero no “todos los personas”. La única ocasión en que se hace una distinción es para tener cortesía con el género femenino: “señoras y señores”, pero sin embargo esta expresión deja de utilizarse y en su lugar muchos van empleando sólo “señores”.

Últimamente los eclesiásticos españoles —así los traductores de la Encíclica *Deus caritas est*— no transcriben bien las palabras griegas *éros*, *philía* y *agápe*. Aparte de no transcribir el acento agudo de *éros* y *philía*, que debe hacerse, dicen inexplicablemente *agapé*.

No se comprende cómo los informativos de televisión y los periódicos incurran en el *laísmo* y el *leísmo*. Los redactores no saben gramática: por ejemplo, ignoran que el acusativo plural masculino y

femenino es “los” y “las”, pero nunca “les”; para hablar de una mujer vista dicen equivocadamente “se le ve” (el plumero, añadido yo). Nunca me cansaré de decir —lo he mostrado tan fehacientemente en un capítulo de El Renacimiento del Humanismo— que se le ve el plumero a la versión española de los textos litúrgicos. Hay muchos intereses creados sobre ellos: uno es el económico, otro es el del poder (poder seguir teniendo la sartén por el mango, aunque reconocer humildemente el error y repararlo no tiene por qué conducir a la pérdida de la sartén). En Francia tienen la CIFTL (Commission Internationale Francophone pour les Traductions et la Liturgie). ¿Por qué no se hace algo parecido en España? Aunque, viendo el panorama, sería mejor que no se crease, porque su nombre sería “Comisión Internacional Latinoamericana...” El decir Latinoamérica me parece una de las mayores imbecilidades de nuestro mundo, además de ser un término colonialista, lo cual se ignora.

El empleo de ese vocablo nos distorsiona a todos los hispánicos. Enajena a los españoles. Muchos llevan demasiado tiempo arrojando piedras sobre nuestro propio tejado. Ortega pensaba que una nación es “un proyecto sugestivo de vida en común”. Desde hace ya bastantes años se ha acometido en España la suicida empresa de borrar ese proyecto, de que no sea atractivo, capaz de ilusionar, de entusiasmar, de movilizar las voluntades humanas. Como no lo hay, la cohesión y la vertebración decaen, se da un proceso de apatía que nos lleva a la disgregación, a que no se fomente la vida en común, a que cada porción dé la espalda a las demás con la enfermedad inhumana del nacionalismo, exclusivista y agresivo.

Buscar la vida en común es tarea esencialmente humana. Pero cuando muchos están practicando lo que llama Julián Marías la calumnia de España y no se compensa con tal proyecto sugestivo, es imposible que se lleve a cabo. Para que exista se precisa que las autoridades fomenten el conocimiento de

la historia, la recreación —¿por qué no?— del Instituto de Cultura Hispánica, la difusión plástica, simbólica, del arte de lo que era el Patrimonio de la Corona (desde sus colecciones de pintura, escultura y tapices hasta los Palacios Reales de lo que hoy se llama Patrimonio Nacional), la edición y distribución de libros capitales que hoy están agotados (hace tiempo invité a reeditar una importantísima obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, el Libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan, pero nadie me ha hecho caso). No se hace constar que la dieciochesca bandera de España, púrpura y oro, está compuesta por los colores más representativos de todos sus Reinos, como lo muestra ilustrativamente su escudo sobrepuesto; un símbolo incluyente, no nacionalista, en el que todas las partes pueden reconocerse, unidas por los coincidentes colores de la Corona, del Toisón de Oro, de las columnas de la Universitas Christiana de Carlos V: “Plus Ultra”, lema aperturista, renacentista, no nacionalista, de España.

En Francia y en el Reino Unido se conceden, mucho más que aquí, condecoraciones y títulos a personas que se lo merecen, que son dignas de honor, incluidos futbolistas y cantantes que han hecho admirar el nombre de esos países por el mundo. Piénsese en la Legión de Honor, en la Orden del Imperio Británico, en el título de sir: parece que los embajadores de esas naciones tienen instrucciones para encontrar continuamente candidatos que puedan lucir sus ojales con esas distinciones. Aquí se conceden cicateramente, sin esa generosidad. ¡Cuánto me dolió que Julián Cortés-Cavanillas no recibiera ninguna distinción apropiada! Por ejemplo, la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, emblema de la Inmaculada, que tantas personas estarían dispuestas a lucir, en la solapa, por los caminos del mundo. En Francia es frecuente encontrarse solapas con la Legión de Honor, que lucen magnánimamente, u otras condecoraciones. Y ahora me duelo de que en España no haya recibido la recompensa merecida D. Eugenio

Hernansanz, admirable secretario de Don Juan de Borbón —primero en Estoril, luego en Madrid—, a quien sirvió durante cincuenta años con la mayor entrega y lealtad.

En lugar de todo eso, la ingratitud. Y se deja que sobre España circulen tópicos contraproducentes, que producen irritación: por ejemplo, el flamenco o las corridas de toros. Sobre este último espectáculo siempre me ha agradado recordar la actitud ante él de Isabel la Católica, de Carlos III (diseñador de esa bandera, a la que —¡oh, desgracia!— últimamente algunos sobreponen un incompatible toro) y de Jovellanos. Pero muy pocos conocen hoy la vida real, alejada de los tópicos, de esas tres figuras históricas colosales.

Figúrese lo que sería una labor que sustituyera los feos tópicos por otras bellísimas imágenes: las alegorías dieciochescas de España pintadas en los frescos de los Reales Sitios, la simbología de El Escorial, la música del Concierto de Aranjuez o la de Boccherini, el maravilloso espectáculo de la zarzuela.

Termino citándome de nuevo. Perdóneseme. Lo hago por optimismo. Es el primer párrafo de mi Renacimiento del Humanismo: “Hace más de cinco siglos, el llamado Humanismo del Renacimiento se presentaba como luz disipadora de la barbarie. Ante los inquietantes síntomas de decadencia actual, sería aleccionador dirigir nuestra mirada hacia ese Humanismo renacentista cuyas aportaciones artísticas, políticas, filosóficas, religiosas, culturales al fin y al cabo, enriquecen e iluminan, pero sobre todo proporcionan entusiasmo de ser hombre (mujer o varón). Por eso, si estudiáramos nuevamente el Humanismo del Renacimiento surgirá también el deseo de que en nuestros días se produzca —valga la expresión— el Renacimiento del Humanismo”.